

## ÍNDICE

Un ático con vistas .....	7
El tren de Budapest.....	9
El virrey Modiano.....	13
11.000 metros .....	17
Dakar y decisiones .....	23
La maldita memoria de Reme .....	27
Una noche fría, de invierno, lluviosa.....	31
Gasthaus Kaiser.....	35
Un tesoro en una buhardilla .....	39
Un bebé muy enfermo .....	43
Irena y un perro ladrador .....	47
Té con limón y brownie.....	53
Św. Wincentego, 47, 19 .....	57
Una ciudad borrada.....	61
La importancia de las palabras .....	65
Las huellas .....	69
La tercera familia.....	79
Las gafas de tío Oleg .....	83
Espacios de tránsito .....	89
El <i>Campana</i> .....	93

10963.....	97
Todas son Graciela.....	103
18 de Julio .....	107
Paquetes.....	111
La fábrica y el aula .....	117
Una hermana .....	121
El oasis.....	123
Los nombres .....	127
Una muñeca.....	129
Stawsky.....	131
Las vísceras.....	137
El miedo.....	143
Obama y pastel de tiramisú .....	147
Blondynka .....	151
Pelotón 174 .....	155
Operación Burza .....	157
Una pequeña morocha .....	165
Las zapatillas .....	169
En el muro .....	173
La llamita.....	177
1.005.937.....	181
Reencuentros.....	189
Las visitas.....	193
De Stefcia a Giza .....	197
Block 27 .....	199
Últimas voluntades.....	203
Wanda Bulik .....	207
Y. R. y A. P. D. .....	209
Primera llamada .....	213
Segunda llamada .....	219

11.000 metros .....	223
Warsaw Chopin Airport.....	225
Luz de invierno .....	227
Epílogo a cargo de Charlotte Strawczynski y José Grunberg .....	233

## UN ÁTICO CON VISTAS

“¿Leíste a Patrick Modiano?”, me preguntó distraídamente José. Estábamos sentados cómodamente en los sofás de piel clara de su amplio y luminoso apartamento. Un apartamento con fantásticas vistas sobre la playa Mansa de Punta del Este. Hacía cuarenta y ocho horas que había llegado a Uruguay. Las primeras veinticuatro dedicadas exclusivamente a dirigir la grabación de mi segundo documental, de título provisional “Menazka”. Consecuencia del *jet lag* o de la maravillosa panorámica y de un espléndido día de verano, el primero que tuve en mis nueve años de viajes periódicos a Uruguay, no pude articular vocablo.

—¡Tenés que leerlo, David! Vos que os dedicáis a la memoria y a la identidad, tenés que leerlo —insistió Charlotte, convencida que aquello era necesario y beneficioso para mí.

Mi silencio no se debía a una supuesta incapacidad de reconocer mi ignorancia respecto a ese autor, a quien conocía muy superficialmente. Hace mucho que aprendí que es mejor no mentir en ese tipo de cosas. Tarde o temprano se convierten en un bumerán que te deja mucho peor que si uno aprende a reconocer sus limitaciones. Las lecturas de carácter profesional en la Universidad, las propias de mis investigaciones y mis delirios, léase John Fante o Stefan Zweig por ejemplo, me impiden llegar donde sé que no puedo llegar.

José se mostraba entusiasmado por la mayoría de las novelas de Modiano, que analizaba en pocas palabras, las precisas, siempre con una sonrisa que demostraba su comodidad, enfundado en una inmaculada remera blanca, pantalón corto de color beige y náuticas azules y blancas. Siempre con el verbo ingenioso a punto y una gesticulación acorde con sus intenciones, las más de las veces ornamentadas de una fina ironía británica.

—Creo que lo mejor es empezar por *Dora Bruder*, que plantea algo que vos conocés muy bien —sugería José.

—Su obra en general es de lectura necesaria, y a eso estamos dedicados estos días de vacaciones, especialmente porque el tiempo es inestable, llovió a menudo y uno no puede salir —seguía Charlotte, de voz suave y quebradiza, cuerpo frágil pero mirada penetrante y carácter acostumbrado a lidiar en frentes complejos.

—En cuanto pueda, me pondré.

No soy de los que da este tipo de respuesta simplemente para hacer creer que estoy interesado en lo que se me plantea. Si verbalicé la frase “En cuanto pueda, me pondré” es, básicamente, por dos motivos. En primer lugar, porque la pasión puesta por José en la descripción sintética de las novelas resultó eficazmente contagiosa. Y en segundo lugar, porque en la vida uno aprende a seleccionar las personas cuyas recomendaciones resultan satisfactorias. Del mismo modo que aprende inmediatamente a olvidar aquello que otros puedan recomendar del modo más persuasivo e insistente... A Charlotte de Grunberg, directora general de la Universidad ORT, la conocí el año pasado, como a su marido, José, eminente pediatra retirado. Tenemos algunas grandes inquietudes en común.

## EL TREN DE BUDAPEST

Por delante me esperaban un domingo y un lunes por la mañana con una agenda rebosante de compromisos, visitas a amigos y entrevistas formales. Un viaje de 13.000 quilómetros anual tiene esas particularidades, hay que aprovechar al segundo. Una de las entrevistas protocolarias que me aguardaban era la presentación ante el nuevo cónsul de España. Quería conocerle después de que su predecesor en el cargo, Eduardo de Quesada, hubiera hecho lo indecible por ayudar en mis proyectos, ya fuera con mi penúltimo libro publicado en Uruguay, ya fuera, y a pesar de una molesta hernia discal, asistiendo al Festival de Punta del Este donde presentaba mi primer documental. Después de preámbulos en los que se tantea el *feeling* con la nueva autoridad y su posible orientación ideológica, la cosa se desenreda sola.

—Ahora que me habla de este nuevo proyecto... estoy pensando que no creo que usted conozca la figura de Ángel Sanz Briz... —preguntó casi retóricamente el Cónsul, camisa blanca a cuadros azules cuidadosamente entreabierta, americana gris impecable, y confortablemente acomodado en una butaca azul marino algo desgastada.

—¡Pues claro que lo conozco!

—Y, ¿cómo? —se sorprendió el Cónsul—. ¡Era mi tío!

—¡Cómo no voy a conocerlo si uno de los niños judíos que consiguió subir a ese tren era Jaime Vándor! No lo conocerá, supongo... —le espeté juguetonamente, como para devolverle el envite.

—Seguro, cuando estaba de Cónsul General en Buenos Aires se organizó un homenaje a mi tío y él fue el encargado de los parlamentos...

—Vaya... —dudé, viendo que habíamos empatado en el juego—. Pues gracias a él pude encarar mi tesis doctoral, él me introdujo en el mundo literario del testimonio, de la literatura traumática. Incluso me permitió conocer a Imre Kertész, y hablar con él...

Jaime Vándor fue el primer sobreviviente de la Shoá que conocí personalmente. Y ahora tenía delante de mí justamente a uno de los descendientes del hombre que le salvó la vida. Habían pasado veinte años desde el día que conocí a Jaime en su casa, entre sus libros de poemas, su sordera incipiente y sus galopantes problemas de salud, que pudo ahuyentar durante años. Sanz Briz era llamado el Ángel de Budapest y, según su sobrino, “nunca hizo gala de haber realizado ninguna heroicidad, sino simplemente de haber cumplido con su responsabilidad”. Sanz Briz fue diplomático durante la dictadura franquista, representante español en Budapest. Desde ese cargo, el 14 de noviembre de 1944 consiguió, al conocer la deportación masiva de judíos del país con destino a Polonia, a Auschwitz especialmente —aunque probablemente eso no lo sabía el diplomático—, consiguió, decía, que unos 5.200 judíos, muchos de los cuales niños como Jaime y su hermano, pudieran salir del país con pasaporte español. Alegó para ello su origen sefardí, según Real Decreto de 1924 del general Primo de Rivera, el anterior dictador. El tren cruzaría la Europa ocupada por el III Reich, sorteando todos los peligros hasta poder llegar finalmente a España. Un hombre responsable de la salvación de 5.200 judíos, como antes habían hecho también en otros lugares Raoul

Wallemberg, secretario de la embajada sueca, o Charles Lutz, de la embajada suiza.

Jaime Vándor me contó que el mismo Sanz Briz se encargó de albergarlos a todos en once casas alquiladas. Los alimentó y atendió médicaamente. Se acuerda todavía del cartel que encargó para colocarlo en la puerta de cada una de esas casas:

“Anejo a la legación española”

Sanz Briz llegó a pagar de su bolsillo algunos de los salvoconductos con los que saldrían del país esos miles de judíos, de los cuales solo unos doscientos eran realmente sefardíes. A pesar de que el mismo gobierno franquista reclamara su retorno inmediato a España, habida cuenta del previsible final de la guerra, Sanz Briz decidió quedarse junto a ellos hasta cerciorarse de que los trenes podrían salir finalmente bajo la tutela de su sucesor.

Vándor me habló de alguno de sus colaboradores, como Zoltán Farkas, Javier Barrueta, pero, por encima de todos, de Giorgio Perlasca. Perlasca relevó a Sanz Briz una vez este no pudo demorar más su salida del país por orden ministerial. De haberlo hecho, hubiera disparado las alarmas sobre su actividad y sus casas protegidas. Perlasca fue el encargado de seguir refugiando a los 5.200 judíos y, al mismo tiempo, consiguió bajar de los trenes a judíos enviados al Este, a los campos. Lo logró bajo el siguiente mandato de la Embajada, redactado previamente por Sanz Briz:

Los familiares de españoles en Hungría requieren su presencia en España. Hasta que se reanuden las comunicaciones y el viaje sea posible, permanecerán aquí, bajo protección del gobierno de España.

La estrategia surtió efecto y salvó no solo a los escondidos en las casas, sino también a muchos de los que ya tenían el “NN” (“Nacht und Nebel”; “Noche y Niebla”) escrito con tiza en las puertas de los trenes. Trenes de ganado donde les habían hacinado sin agua, ni comida.

Jaime Vándor se emocionaba cuando su relato contaba que, una vez en España, fueron distribuidos entre “familias acogedoras con la intención de esperar el fin de la guerra”, ya sentenciada por otra parte, y así, poder regresar con sus familias. Pero tuvieron que quedarse, puesto que sus familiares murieron mayoritariamente en las cámaras de gas de los campos de exterminio de Polonia, en Auschwitz especialmente.

## EL VIRREY MODIANO

“Quien salva la vida de un hombre, salva el mundo entero”.

El Talmud no solo me traslada a las heroicidades de los Sanz Briz o Wallemberg y sus 40.000 judíos salvados, sino ante el mundo que me abrió Jaime Vándor desde su humilde piso del barrio del Eixample Esquerre de Barcelona. También desde su diminuto y abarrotado despacho en la Universidad de Barcelona de plaza Universidad. No solo me ayudó a entender el significado del concepto de sobreviviente, sino que me introdujo en el universo de los que dedicaron su vida a mantener la memoria de los que ya no estaban. La supervivencia les obligaba a recuperar las vidas de los que perecieron tras las alambradas electrificadas, en el interior de las cámaras de gas, como consecuencia del hambre atroz y las palizas. Recuperar las vidas de los que habían sucumbido al horror. Eso les daba la fuerza para seguir adelante. Al mismo tiempo, sin embargo, una gran pregunta les atenazaba constantemente:

“¿Por qué fui yo quien tuvo que sobrevivir?”.

Pero ese es otro tema. Lo abordaremos en su momento. Volviendo al nuevo Cónsul español, después de la charla tuve el convencimiento que nos íbamos a entender, también hablábamos el mismo lenguaje y nos unían los mismos referentes.

Después de la breve pero intensa entrevista, más bien conversación, salí corriendo para encontrar la librería que justo tenía al lado del hotel, en Pocitos, concretamente en 21 de Septiembre. En veinte minutos cerraría, pero está cerca del Consulado. La librería El Virrey es un reducto de cultura en medio de las tiendas más europeizantes que he visto en la ciudad, acostumbrado como estaba a moverme por el centro y especialmente la Ciudad Vieja. Una Ciudad Vieja, por cierto, que había visto pasar de la dejadez más absoluta, en mis primeras visitas, al inicio de una lenta e inestable recuperación. Una resurrección progresiva que le daba aún más atractivo a ese sector decadente de la ciudad tan lleno de magia, especialmente alrededor de Sarandí. Incluso 18 de Julio empezaba a abrir nuevos comercios, algunos de calidad. Hacía menos de un año que Plaza Cagancha había perdido mi referencia cultural, la librería Puro Verso. Justo en mi anterior viaje, en cuanto me di cuenta de que había cerrado, corrí a Sarandí, justo al lado del Museo Torres García, donde pude celebrar el mantenimiento de su otra sede tomando un té en su piso superior, verdadero remanso de paz y de cultura.

Había estudiado en la Universidad a Torres García por su ascendencia catalana y por su impronta en la vanguardia pictórica catalana y sus afluentes literarios. Y justo estudiando la emigración republicana en Uruguay hace cinco años, me encontré con las peticiones de clemencia para algunos presos condenados a muerte en Barcelona por parte de su mujer. Manolita Piña Rubies de Berenguer, una gran mujer. Peticiones al gobierno franquista. Presos finalmente ejecutados en el castillo de Montjuïc de Barcelona, el mismo castillo de Montjuïc en el que estuvo preso mi abuelo Josep Blanquer durante la guerra civil. El mismo maldito castillo donde ejecutaron al presidente de la Generalitat de Catalunya en 1940, Lluís Companys, después de ser arrestado por la Gestapo en Francia y extraditado a la negra España franquista de

la posguerra. Curioso que Montevideo construyera, en 1945, el primer monumento en conmemoración de este magnicidio jurídicamente olvidado.

Entré en la librería El Virrey atropelladamente, desesperado, deseando encontrar el último ejemplar de Modiano en algún rincón escondido de las estanterías, perfectamente distribuidas y ordenadas por temas y autores. Una pequeña librería impregnada de amable calidez, como me di cuenta justo al pasar la puerta. Frente a esa puerta, sin tener que hacer ningún esfuerzo para buscar, estaban expuestas las obras de Modiano. Mi inquietud desapareció como había llegado. Me quedé plantado, absorto ante la estantería que mostraba todos sus ejemplares. La empleada, enfundado su cuerpo juvenil y sinuoso en un sedoso vestido verde, me observaba entre sorprendida y divertida. Hice una mueca de complicidad.

—Iba a preguntar por *Dora Bruder*, pero...

—Pero un poco más y se lleva a toda su obra por delante, con tanto ímpetu... —se rió con la naturalidad de quien se sabe que su comentario va a ser bien recibido, especialmente ante un público masculino.

Sentí vergüenza. Vi en sus ojos lo ridículo de mi torpe y atropellada actitud. No podía contarle cómo deseaba conseguir ese libro desde la conversación en aquella undécima planta de Playa Mansa. No tenía tiempo ni hubiera podido articular las palabras adecuadas. Así que, a sabiendas que mi actitud era muy poco elegante —y sin poder hacer nada por evitarlo— me centré en poder tener entre mis manos *Dora Bruder*. Novela que parecía que me hubiera estado esperando desde la conversación con José y Charlotte.

—¿Alguna cosa más, deseará? —me preguntó la chica mientras echaba para atrás la frondosa cabellera con coquetería estudiada—. ¿Puedo sugerirle...?

—Gracias, me llevaré también *Calle de las tiendas oscuras*... recién me las recomendaron...

Fui directo a la caja, donde la chica no volvió a entablar conversación alguna mientras había decidido por sí sola envolver para regalo los ejemplares de Modiano. Supongo que pensaría que no había sido muy amable con ella, pero, sinceramente, tenía tantas ganas de poder tener entre mis manos aquellas dos novelas, que lo demás parecía del todo irrelevante. Me dio el recibo, me sonrió mecánicamente y no pudo evitar:

—¿Le trata bien el país?

—¡Seguro! Por eso regreso año tras año...

Al cerrar la puerta de la librería El Virrey tuve la sensación de haberme convertido en un adicto con el “mono” más insoportable. Pero mi agenda estaba tan apretada que no podría solucionar ese problema hasta que, dos días más tarde, estuviera sentado en el avión de regreso a Barcelona. Me arrebata sentir la impaciencia que se genera por algo que resulta especialmente codiciable pero que uno tiene que posponer por motivos de causa mayor. Convierte la espera en igualmente larga como excitante. Genera expectativas e ilusiones que, si bien es cierto que algunas veces llevan inexorablemente a la frustración, con el paso del tiempo uno aprende a seleccionar mucho mejor esas esperas, incluso a veces resulta fascinante dilatar voluntariamente la espera para poder deleitarse con ella, convirtiendo el momento del disfrute simplemente en la culminación de un largo proceso regocijante.